

La educación en la crisis

¿Qué ha quedado, mediados los ochenta, de la pretensión de los Gobiernos de los países desarrollados de igualar las oportunidades sociales de los individuos a través de la educación? ¿Qué fue de la expansión de los sistemas educativos en los años 60 ó 70? ¿En qué baúl del olvido se encuentra la aspiración de proporcionar a los ciudadanos a lo largo de toda su vida el acceso a una oferta creciente de formaciones?

JAVIER DOZ

Aunque está suficientemente demostrado que aún en la época de mayor inversión en educación y de auge de los programas de educación compensatoria la ideología de la igualdad de oportunidades no dejaba de ser un planteamiento en el fondo enmascarador de la realidad de unas sociedades en las que las clases se reproducían, a pesar de las oportunidades educativas, no se puede negar que las políticas de la crisis han reforzado el clasismo de los sistemas educativos.

La encuesta previa a la discusión en el Congreso de la FIPESO del tema «**En una sociedad en transformación, con un alto nivel de paro, ¿cómo puede la enseñanza secundaria preparar, a los jóvenes para las exigencias de la vida social y cultural?**», proporciona interesantes datos al respecto, así como sobre las consecuencias que dentro del sistema educativo produce la perspectiva del paro para un número creciente de jóvenes que terminan sus estudios.

La encuesta afecta a 19 países desarrollados (Europa, Japón y Canadá) y unos rasgos comunes aparecen en las políticas practicadas en casi todos ellos: recorte de los presupuestos para la educación, sólo en parte justificados por la disminución de las tasas de natalidad; recorte de los gastos sociales, crecimiento del paro entre los jóvenes y los adultos y crecimiento, de los gastos militares.

Sólo en Francia, Italia, Finlandia y España no se produce una disminución en moneda constante del monto global de los presupuestos educativos.

Hay que matizar. En Francia, tras un primer período de expansión en los dos primeros años de la Presidencia de Mitterrand, la situación ha cambiado a partir de 1983 y actualmente no se destinan ya recursos suficientes para la puesta en marcha de las reformas anunciadas.

En España sigue aumentando, a ritmo ralentizado, el número de profesores y el de plazas escolares. Sin embargo, los recursos educativos continúan siendo claramente insuficientes para alcanzar algunos de los parámetros básicos de los sistemas educativos de los países desarrollados.

Por poner sólo un ejemplo, en Francia 760.000 profesores van a impartir clases en el curso que empieza a algo más de 12 millones de alumnos de las enseñanzas primaria y secundaria (es decir, un profesor por cada 16 alumnos), mientras que en España sólo contamos con 350.000 profesores para casi nueve millones de alumnos (uno por cada 25).

En los demás países encuestados los gastos educativos han disminuido. Se han producido aumentos en el número de alumnos por clase en: Dinamarca, Canadá, Japón, Irlanda y Luxemburgo. Disminución del número de profesores o / y aumento de su jornada en Gran Bretaña, Bélgica, Suecia, Dinamarca, Portugal y Malta.

Los niveles educativos más afectados, en una mayoría de países, son los posobligatorios - último ciclo de la enseñanza secundaria y estudios universitarios-, con congelación o disminución de las plazas disponibles y de las becas de ayuda en los países en los que estos niveles no son gratuitos. Igualmente afectados resultan los servicios complementarios (Gran Bretaña, Bélgica, Suiza, Suecia, Austria, República Federal Alemana, Canadá, Japón, Portugal, Irlanda y Malta) y la asistencia psicopedagógica.

Descartado el incremento de efectivos en las enseñanzas generales posobligatorias, los únicos programas de expansión son los de formación profesional y aprendizaje. Normalmente se trata de formaciones de carácter corto, algunas complementarias al aprendizaje en las empresas. Esta política va acompañada de cambios en la legislación laboral e incentivos para las empresas que contraten a jóvenes. En algunos países - Suecia, Gran Bretaña y Canadá- el Estado retribuye directamente a los jóvenes en formación con pequeños sueldos. Los países en donde estos programas han alcanzado mayor amplitud son: Gran Bretaña, Francia, Yugoslavia, Finlandia, Suecia, Dinamarca, Noruega, R.F.A., Canadá, Irlanda, Italia y Luxemburgo. No existen tales programas o su puesta en práctica es muy limitada en: Austria, Japón, España, Portugal, Malta y Suiza.

El análisis de los resultados de estos programas no es fácil; faltan todavía evaluaciones rigurosas o su carácter es discutible. Por un lado, pueden abrir perspectivas de empleo a quienes abandonan el sistema escolar o a quienes, terminada la enseñanza obligatoria, se encuentran parados (siempre en relación con la evolución general del empleo); también pueden apartar de la marginación social a grupos de jóvenes, sobre todo, en los casos en que reciben remuneración. Pero lo que está claro es que estas formaciones las cursan los jóvenes de las clases más favorecidas socialmente y para la inmensa mayoría de ellos se cierra el acceso a estudios superiores.

En España, que ostenta el triste record de ser el país de la OCDE que mayor tasa de paro juvenil tiene (cerca del 45 por 100, 10 puntos por encima del segundo), el Gobierno quiere entrar de lleno en esta vía, aunque por el momento no parece saber cómo.

Sobre el comportamiento de los jóvenes, dentro y fuera del sistema educativo, la mencionada encuesta, que recoge las opiniones de los sindicatos de profesores, señala graves situaciones en los siguientes casos y países sobre un total de 16 encuestados: Indisciplina en la escuela, 7; abuso de drogas: 12; vandalismo: 7; criminalidad social, 11; alcoholismo: 8; abandono prematuro de la escuela: 8; absentismo: 7.

En una amplia encuesta realizada por la OCDE en los países de su ámbito («Educación y Trabajo: el punto de vista de la juventud») la opinión mayoritaria de los jóvenes expresaba: su ligazón a los valores tradicionales (familia, trabajo, camaradería, cualificaciones profesionales); la impresión de haber sido abandonados por una sociedad que olvida sus problemas; deseo de encontrar un trabajo y ansiedad por el futuro y la perspectiva de ser un parado; crítica de los esquemas de formación que se consideran breves e inadaptados; severa crítica de los profesores que «no tienen en cuenta más que a los buenos alumnos» y no ayudan a los que tienen dificultades; sentimiento de ser tratados como niños irresponsables; diferencia de actitudes según el sexo (los jóvenes dan más importancia que las jóvenes a las relaciones con los profesores, éstas son más conformistas y les gustan más los estudios en la etapa obligatoria) y según la clase social (falta de confianza en sí mismos de los hijos de las familias obreras).

La opinión de los jóvenes coincide con el hecho objetivo de que los resultados escolares son malos o mediocres cuando el entorno económico y social de los padres es desfavorable. Y quienes están en esta situación son los primeros candidatos al paro.

En el proyecto del Consejo de Europa de «preparación para la vida» se destacan cuatro grupos que son especialmente susceptibles de llenar las filas de parados: los jóvenes con poca cualificación profesional y poca o ninguna experiencia de trabajo; las mujeres; los hijos de familias emigrantes y los jóvenes con deficiencias e inadaptados. Y los programas especiales para los dos últimos grupos se ven afectados de modo directo por los recortes presupuestarios.

Existe una profunda crisis en los sistemas educativos, crisis de estructuras, de contenidos, métodos y de orientación. Ante ella los Gobiernos de los países capitalistas desarrollados no han elaborado una estrategia. Se rigen por consideraciones pragmáticas, de cortos vuelos, sobre la base de una premisa simple: el sistema educativo no debe crecer, no debe costar más a la sociedad. A veces sus propuestas son contradictorias a simple vista: «terminada la expansión hay que ocuparse de incrementar la calidad», como si ésta no necesitara de recursos económicos. Tampoco es la contradicción más flagrante. También hablan de la enseñanza de los derechos humanos, de la paz y de la ayuda al desarrollo mientras practican una desenfrenada carrera armamentista y mantienen un orden económico mundial que condena a los países del tercer mundo a la desnutrición y la muerte por hambre, a la falta de asistencia sanitaria y al analfabetismo.